

# **La perversión del consumo en la moda: itinerarios del deseo, del fetichismo y de la muerte por los pasajes.**

Bruno Vasconcelos.

Cita:

Bruno Vasconcelos (2015). *La perversión del consumo en la moda: itinerarios del deseo, del fetichismo y de la muerte por los pasajes*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/84>

## **La perversión del consumo en la moda: itinerarios del deseo, del fetichismo y de la muerte por los caminos por los pasajes.**

Lenguaje, Deseo, Cultura. Nuevas perspectivas en el análisis de las sociedades contemporáneas

Bruno Ricardo Vasconcelos, UnB (Universidade de Brasília), vasconcelos.brunor@gmail.com

### Resumen

Se intenta investigar, partiendo de un fragmento en el libro de los Pasajes de Walter Benjamin, la moda en cuanto “entrepuesto dialectico entre la mujer y la mercancía, entre el deseo y el cadáver”, dialogo con la muerte, que la atrae pero no se deja enredar, que en ella hace cosquillas e ya es otra. El rastro dejado por Benjamin encuentra resonancias en la obra de Zola, en que el *grandmagasin* “*Au bonheur des dames*”, que en su crecimiento seduce los parisinos y destruye el pequeño comercio tradicional, deja por la ciudad un rasgo de pasión y muerte. La Paris haussmaniana del siglo XIX establece un nuevo rito del consumo, flaneando por las mercancías, deslizándose sin atrito por la tienda hecha en acero y cristal, envuelto por una atmosfera subjetiva que costura el consumidor en su propio deseo fetichizado. En comunión con la arquitectura airada y metálica, la moda sacraliza el profano, erotiza el objeto-fetichismo profundizando la reificación del hombre moderno. La soledad de las grandes ciudades, el cinismo desencantado frente al deseo y el exceso producido por un capitalismo radical, parecen forzar el consumo de moda por una dimensión cada vez más perversa, y es esto que proponemos analizar.

Palabras-clave: Moda, deseo, fetichismo, perversión, capitalismo.

### I

Empiezo hablando de Bataille y su erotismo, y se abre la cuestión de cuál es la relación entre la obra de Bataille y los estudios sobre el consumo. Hay primero que tener en cuenta que nuestra aproximación se da vía perversión, en última análisis, tomamos el consumo por una perspectiva perversa, diciendo que en contemporaneidad el movimiento establecido por el consumo adentra

una lógica perversa, además, tal perversidad se relaciona con el universo de las parafilias freudianas, más específicamente con el fetichismo. Sólo para empezar a movernos traemos el primer rastro benjaminiano; en que la moda se ubica como “entrepuesto dialéctico entre la mercancía y la mujer, entre el deseo y el cadáver”. La moda entre mercancía y mujer; entre el deseo y el cadáver. La mujer es aquí cuerpo de discontinuidad, signo de una apertura, comunicación a la posibilidad de continuidad pléthora. La mercancía y la mujer se comunican por la moda, y no solamente así, pero la moda reconecta deseo y muerte. Deseo, muerte y moda son una confluencia fundamental en los principios del erotismo. Así, tomar la obra de Bataille (2013) en cuanto punto de partida es justo en la medida en que el erotismo prométenos clarificar algunos puntos sobre el fascino que imprime la moda a sus consumidores, pues la moda se inspira en algo del erótico, algo que llama la atención del Otro no por su apariencia meramente física, pero por algo que se esconde tras la superficie seductora. Se dice que el erotismo es la aprobación de la vida en la propia muerte (Bataille, 2013), que hay en el erótico un “deseo” de muerte, o mejor, podríamos decir que la monada erótica tiene mucho del sentido mortífero y, paradójicamente, que el encanto que seduce en el erotismo está oscurecido en esta dimensión finita; la idea de discontinuidad se enlaza entre un ser y Otro, es un profundo abismo imposible. La posibilidad de plena continuidad en la relación, si existe, es por un momento muy breve, fugaz, una idea que aparece como posible y por eso seduce y provoca fascino, pero, de pronto desvanece, solapando las continuidades una vez más en discontinuidades. Tal posibilidad mágica de continuidad es por eso como un abismo, la imagen atractiva, mezcla de horror e encantamiento, que provoca en el sujeto la violencia del peligroso interdicto puesto en la muerte, que es el propio abismo con su vertiginosa discontinuidad. La muerte es fascinante, y des que el hombre se descubrió como algo más que una animalidad, siempre se puso ante la muerte como el que no se puede simbolizar, el inaudito, uno de los únicos misterios que aún se levantan en modernidad, y por eso mismo, tan penetrante y tan caro al erótico. Para los sujetos, cuerpos discontinuos, la muerte es lo signo de la continuidad, una continuidad que Freud (2010) llamó oceánica, fuerza que tiene inspiración gregaria, que lanza los sujetos en formaciones sociales cada vez más anchas. El tejido social que se alarga vía comunicación normatizada es una lucha continua contra el tartamudeo, contra la pulsión de muerte y su impulso de silenciar. Nascida del impulso sádico, la vida es una expulsión de la violencia que circula en el interior de la carne, es un esfuerzo muscular que proyecta la agresividad al mundo, la sacando del interior. En este sentido, la vida es violencia, pero la violencia que sale, negación de la agresividad auto-referente, negación del *masoch*. La pulsión de muerte es la energía original en el sujeto freudiando, y su vida psíquica es un constante conflicto contra la naturaleza que impele

un retorno a la inorganicidad, un silenciamiento de su cara comunicante. Es la pulsión erótica, la fuerza que hace vueltas, que engaña la naturaleza de la muerte con sus armas sociales, alargando cada vez más el intervalo entre el nacimiento y la propia muerte.

Tanto en Bataille (2013) como en Benjamin (2002), se percibe sin dificultades, un fondo psicoanalítico, así mismo relleno por conflictos, pero, hemos que seguir con la investigación sobre el erotismo, y consecuentemente sobre los sentidos de la discontinuidad y de la muerte, como prerequisites para la comprensión de los sentidos emanados por la moda, que como ya postulamos, tiene su fascino garantizado por su naturaleza perversa. Así, el psicoanálisis sírvenos como punto de inflexión, como clivaje del discurso de la moda, en vista de comprender un consumo que, cada día más, pasa a circular por la *dismansión* de la perversidad. La desnudez se opone al cerramiento (Bataille, 2013), se opone a la discontinuidad, es estado de comunicación, que revela una sed por ahogarse en la promesa de continuidad propuesta en la imagen del Otro, la desnudez en el sentido marcado en Bataille (2013) llama la muerte como un abandono de sí. Los cuerpos así se abren, como también lo hacen los sujetos en la realidad, intentando captar lo real que es siempre imposible y que apenas ofrece la sensación de satisfacción como un coqueteo (*glimpse*) con lo insignificable. Los cuerpos que se abren por buracos tienen de satisfacerse con *la petit mort*, que cierra el pequeño fracaso como una promesa de goce en la performance. En la moda, el cuerpo consumista también experimenta el descompaso provocado por el deseo. Aquí, no estamos frente al deseo que es deseo del Otro, pero frente a un deseo capturado por la reificación, meta del fetiche de la mercancía, el cuerpo se pierde con una promesa del goce presentado por la publicidad encantada, por lo discurso capitalista, por la promesa de continuidad y por en fascino que construye el capitalismo onírico que analizaremos a la luz de la teoría de Benjamin (2010). Hay en el erotismo una característica esencial, que si no considerada pone el concepto en cheque, no se puede hablar del erotismo sin hablar del movimiento que lo caracteriza; el exceso, sin exceso no hay erotismo, así como también no hay moda, el exceso, atreviéndonos, es el intento del sujeto en lidiar con su condición faltante, es, en otras palabras, lidiar con el afecto siempre deslizante que se puede simbolizar; el sujeto, frente a tal “hiáncia” intenta con su cuerpo dar cuenta del sentido del goce, pero este intento es siempre un fracaso, una imposibilidad. El erotismo trasborda en sus sentidos y supera la significancia social, en su ápice, el erotismo pone en relieve la naturaleza discontinua del ser en su relación con la posibilidad de continuidad, en esta dimensión de posible continuidad, el erotismo es abandono, en el punto que encuentra su llamado en el encuentro con la muerte; la muerte es ahí solamente el signo de un movimiento que suscita

siempre un “más de gozar”, un para allá de los límites. En este punto, erotismo y capitalismo se asemejan; los dos se alimentan del excesivo movimiento; en uno “más de gozar” y en el otro, la más-valía. Erotismo y capitalismo entran en comunión con el deseo de sacrificio, la superación de la idea del interdicto en el contacto simbólico con la muerte (el inaudito en contemporaneidad). Hay que llevar hasta el límite la cuestión del fetichismo como un enlace entre el inorgánico y el exceso, el profano y el sagrado, entre la frialdad de la superficie de la cosa y el erótico que encubre la misma frialdad con un velo de encantamiento. El fetiche que encarna la mercancía, la sacraliza e en este proceso fantasmático la pone sobre el fascino y el onirismo. Hay siempre en el erotismo, matiz del sinuoso movimiento capitalista, un halo de muerte (Bataille, 2013).

Aquí nos parece útil una breve incursión en el *Capital* de Marx (2002). El trabajador que se encuentra destituido de los medios de producción solo mirase en la posibilidad de vender su fuerza de trabajo, su fuerza física ahora tiene que ser arrendada, alquilada por el capitalista. Su única condición de perpetuar su especie, heredera del espíritu de las barricadas de Blanquí, es trocar su tiempo por una cuantía de salario. Su jornada, que nada más tiene de suya, así se duplica en trabajo que corresponde al pago de su salario y trabajo excedente, convertido por el capitalista en más-valía. Sobre este espacio de tiempo en que se enclava el más-trabajo, el capitalista invierte con la más profunda sed, con su deseo insaciable por hacerla crecer, reduciendo en la misma medida, el tiempo de trabajo necesario a la reproducción de la materialidad de la fuerza de trabajo. Así, lo que creía el D', el más valor, dinero dilatado, no es el milagro económico, al contrario, es más explotación, intensificación de las técnicas productivas, de las máquinas sin órganos, colgadas en los órganos abiertos y silenciados de los sujetos del trabajo. En este proceso, se oscurece la magia del capitalismo burgués, el inaudito social, el misterio de la inversión del trabajador que se mira apartado de su propia subjetividad, y se transforma en cosa, y de la sacralización de la cosa al nivel de subjetivación, aquí se opera una abstracción reveladora de la naturaleza del *capital*; la cosa fantasmagórica se subjetiva por vía del fetiche, el objeto trasmuta su cuerpo frío en un cuerpo erótico, caliente. Por detrás de esta magia de la transustanciación del cuerpo del objeto que es el propio fetiche, cada vez más destituido del valor de uso, se erige la moda, a jugar con la muerte, parodiándola. En este imbricado proceso, más fuerte y más robusto se torna el encantamiento frente al coloso fetichizado del trabajador, el trapo de hombre alienado, atravesado en el interior por una pobreza espiritual creciente y, des de fuera, por el fascino onírico de la técnica y de la moda. La noción que tenemos de la imagen del hombre, solamente se erige en torno de un fenómeno

social llamado interdicto; solamente hay hombre, pues antes hubo interdicto. Nace el hombre de la carne primitiva del animal, cuando el propio hombre opera una separación, un corte que secciona el *socius* y secciona también la alma, este corte fundamental, que separa el mundo en animalidad y socialidad, opera siempre una represión, partiendo de la disyunción todo se contamina del Otro, pues la imagen del Otro ahora se hace. Otro e uno se levantan como alteridades. El interdicto, nada más es que el primer crimen reprimido por la orden social, por vía del interdicto empezamos a mirar el mundo con otros ojos, marcados por el corte fundamental miramos la muerte y la sexualidad de una perspectiva completamente distinta. La muerte ahora es reencuentro con la continuidad del ser, en la misma medida en que el sexo se ahoga en una dimensión cifrada por códigos, límites que imprimen otros cortes. Así, el interdicto inaugura el hombre y en el momento de transgresión, experimentamos la angustia. Que es la angustia sino una creación social, un sentimiento que solamente el hombre podría acceder, un horror frente la amenaza de la castración, que cómo Freud (2010), muy bien puntuó, viene de la historia primeva del hombre, del sacrificio de la carne asesinada del padre, que lanzada a los cielos vocifera la más importante prohibición, no más repetir el crimen contra la ley, no más atentar contra el interdicto del incesto. Por vía de la prohibición del incesto, ningún hermano se queda apartado de su deseo, todos ahora se reprimen frente a la imposibilidad de tornarse un día el déspota y acceder a todas las mujeres, y todos en la tribu repiten simbólicamente el acto violento, por medio de un sacrificio ritualizado. Es esa el origen de la cisión en Freud (1987) y el origen de la idea de una religiosidad fundada en la imagen de un dios. Pero surge la cuestión, ¿qué tiene que ver eso con nuestro objeto, la moda? La respuesta no es satisfactoria pues indica una digresión fundamental, para comprender la moda en la acepción con la muerte es necesario un retorno a la idea de interdicto y transgresión, como dos móviles responsables por fundamentar la idea de fascino, una idea muy cara a la atracción operada por la moda ante a los ojos de los consumidores. Noción fundamental es que solamente hay moda (en el sentido moderno del termo) si hay exceso, y, solamente hay exceso, si en un momento hubo fundación de la interdicción, con eso, posibilidad de transgresión. Sólo hay desbordamiento si hay disyunción, corte. La lamina que opera el corte produce deseo, produce el que Lacan llama del objeto *a*, el imposible de significación, lo que solo sabe escapar, el ínterin donde surge el movimiento de la falta, el movimiento que nunca se satisface enteramente, la inspiración perfecta del movimiento sinuoso de la moda. La falta es el motor del exceso, y el exceso es una mola imprescindible al funcionamiento de la máquina “deseante” del capitalismo pos-industrial. El capitalismo pos-industrial maneja esa estructura del deseo con la sabiduría muy próxima a lo que Baudrillard (1991) llama de simulacro, avance frente a la

simulación, una copia sin referencia que por poco no se asemeja a lo original. El simulacro capitalista bromea con la falta que promueve el deseo, produciendo con su técnica, *más goce*, más-valor que se fundamenta en la lógica del siempre más, del movimiento excesivo que produce siempre nuevas angustias. Sin interdicto no hay goce, sin interdicto el placer no se puede socializar. Y Bataille (2013) nos presenta el hecho de que la sensibilidad religiosa es lo que conecta siempre, estrechamente, deseo y horror, placer intenso y la angustia. Sobre la mirada de Benjamin (2009) “la moda inauguró el entropuesto dialéctico entre la mujer y la mercancía – entre el deseo y el cadáver” (2009: 102). Analizamos este extracto del pasaje lo seccionando en instancias y en la primera de estas, podemos notar que la moda se ubica en la frontera entre dos reinos, entre el reino orgánico y el inorgánico, entre la carnalidad roja y materialidad podrida, la moda está imbricada en el espacio sencillo entre naturaleza y sociedad. Claro es que la moda aquí estudiada es una producción moderna de la París del segundo imperio, que se conecta con la nova idea de la arquitectura urbana y los ideales creados por los actores de la revolución de 1789, claro está que esta moda que analizamos es el objeto de un movimiento cada vez más acelerado por el soplo de la máquina a vapor, pero lo que mucho se olvida es que esa moda se inspira en su revés, al mismo tiempo en que es una producción eminentemente moderna, se inspira en los ritos sacrificiales de las orígenes, se inspira en el horror del pecado, se inspira en el erotismo y en la idea fantástica de transgresión, la moda, que erige de un mundo sin interdictos y sin pecados trae su contexto y pone descubierto un nuevo halo de prohibición; la moda se inspira en el deseo, en el antitético cuerpo seccionado. Fue Marx (2002) quien puntuó con tinta más oscura los procesos creadores de valor, fue él quien descubrió la abstracción en el interior de la fábrica, la inversión capciosa que primero produce el fetichismo de la mercancía. El sujeto-operario, marcado por la nomenclatura del individuo, destituido de los medios de producción, se encuentra inmerso en la ciudad del síntoma, obligado a vender su fuerza de trabajo en el mercado sobre el *imago* del hombre libre. Su producto vale lo que vale la perpetuación de su vida en la ciudad. El operario vende su cuerpo por una determinada cantidad de horas a su patrón, el capitalista fruirá de estas horas como bien quiera. En este momento específico, el productor de mercancías “se aliena de sí mismo”, funciona como un instrumento en las manos del burgués, su cuerpo no le pertenece, es carne que se atrapa en el cuerpo sin órganos del capital, que lo sorbe, que intenta con cada vez más grande intensidad lo poseer. El propietario de los medios de producción tiene que hacer contraer sobre ese cuerpo el devenir del reloj. El misterio del más-valor reside ahí, donde D se transforma en D’, por el efecto de la superación de la producción, de los flujos de velocidad. Es la técnica moderna quien permite al capitalista, acumular el valor necesario a la reproducción de la fuerza

productiva en tiempo cada vez menor, haciendo con que se dilate el tiempo en que el trabajador actúa solamente produciendo más-valor. Valor de uso es la utilidad cualitativa de la cosa, al paso que el valor de cambio, su propia capacidad de intercambialidad, se transforma en equivalente, mensurado por la cantidad de trabajo involucrado. De este proceso, el más-valor es lo que empuja hacia adelante el deseo del capitalista en hacer crecer sus lucros. El fetichismo de la mercancía es el cume de este proceso, frontera entre reino orgánico e inorgánico, síntoma de inversión; la alienación del trabajador de su producto y más, la posibilidad real de que su produzca fascino por el objeto fetichizado, que retorna a la oculta dinámica del desconocimiento, del misterio. El hombre, ahora, desconoce la relación establecida entre las cosas, y las cosas ocultan el hecho de que son nada más que productos de las manos del hombre. Aquí la fantasmagoría aparece como abstracción, tanto del capital que sacraliza los objetos, como de la vida humana, que alienada, se mira profanada por el mismo capital, y como profanación solamente contempla la luz que emana de los escaparates, como en un sueño. El proceso del fetichismo de la mercancía lleva la subjetivación de la cosa “que camina por sus propias piernas” y la objetificación del deseo del sujeto.

## II

La palabra “fetichismo” también guarda un sentido en el análisis psicoanalítico, y Freud, retomó el termo muchas veces por toda su vida, señalando en este recurrente retorno una atención especial al fenómeno, algo en el fetichismo provocaba en Freud (2010), una especie de incómodo, el fetichismo provocaba un abalo en la estructura topológica del psicoanálisis. La perversión, y no solamente el fetichismo, es un efecto de una fijación, una barra que atrapa el movimiento “normal” de la pulsión; el desenvolvimiento psicosexual perverso no sigue el mismo camino del desenvolvimiento “normal”, en una de las fases del proceso, sea en la fase oral, o en la fase anal o mismo en la fase que culmina en la organización del primado genital, el sujeto no se forma fantasmáticamente como los demás, la imagen de sí mismo y la imagen de su deseo no responden a los designios paternos del Edipo, sí que están sobre la mirada del Edipo que contamina todo el tejido social, pero no se doblan frente a él. En el caso específico del fetichista, la escena edípica no se erige. El *infans* que es un cuerpo no diferenciado, un amalgama de su madre, que responde a todas las demandas de su hijo, simplemente cree que tal agencia es todo lo que necesita para vivir adentrando a una gran crisis al percibir que hay



otro sujeto en el interior de este amalgamado, hay un tercero que limita la fruición total, la *jouissance* plena, este otro que es Padre imprime un corte. Lo que define el fetichista es la estrategia con que lidia con la amenaza de este corte. Todos los sujetos en su infancia son sujetos de la investigación, son seres que necesitan mordiscar el mundo que los rodea y sentir el gusto de cada matiz de la realidad, la sexualidad es uno de estos objetos sobre lo cual se investiga y para el fetichista, la descubierta de la verdad femenina es más traumática que para los demás. El fetichista, al depararse con el vacío de su madre, la hiancia que es su órgano no puede acreditar. En la operación dicha normal, el trauma de la descubierta es sedimentado por la amenaza de castración simbólica proveniente del padre, rechazando el deseo de simbiosis carnal entre hijo y madre, esto sería la solución edípica, la origen de la falta sobre la cual se instituirá el deseo, el impulso que nunca podrá eximir totalmente su falta, la imagen de la castración es la piedra angular del postulado freudiano, es por ahí que se inaugura el que Lacan llamará de objeto *a*, el imposible, el no significable, que paradójicamente es la monada para el surgimiento de un nuevo deseo. La cuestión cara a nosotros es que el fetichista, al mirar el vacío puesto en el cuerpo materno opera el desmentido, no la cree, establece con el inconsciente un contrato, un acuerdo que olvida el trauma de la ausencia, poniendo ahí una nueva imagen, un sustituto para el falo que creía que su madre poseía, este sustituto es el más importante para nuestras análisis, es el reino inorgánico de la materialidad que va a ocupar el espacio vacío del órgano fantasmático, un zapato, la ropa de látex, el tapa sexo, las ropas íntimas, el pelo, o cualquier otra cosa que venga a servir de objeto para el goce.

El fetichista crea vía desmentida una salida para la castración edípica, donde hay angustia y falta en los dichos normales, hay en el fetichista una fisura de la materialidad. El objeto de goce, la *jouissance* del fetichista va a ser siempre el trazo mnémico, la imagen del objeto que sustituye la imagen de su madre fálica, que aún, permanece resguardada en su inconsciente. En el complejo de Edipo el otro va surgir en la escena como la fantasía de satisfacción de este deseo faltoso, diferentemente, en el fetichismo el otro no satisface al deseo, solamente cuando trae consigo el trazo material que sustenta el goce, cuando lleva en su cuerpo el fetiche que silenció el horror, la carne del otro sirve de soporte al objeto. Sí en Marx, el fetichismo aparece como síntoma de una abstracción del tiempo y de la condición de sí propio como alienado de su cuerpo, la realización de la inversión del operario en objeto y del objeto en equivalente general, operador de sueños y fascino por la técnica misteriosa que el hombre no más comprende; en Freud, el equivalente general pasa a ser el objeto del goce, lanzando el otro a la condición de mero soporte. El goce del compañero de performance no es llevado en

consideración, mismo que él tenga llegado al más intenso placer. Tanto Marx como Freud señala una especie de invasión, llena de los más diversos efectos, de la materia en la intersubjetividad. Además, ambos tocan la moda como cuestión (tanto en Marx al trazar sobre la moda una relación con los diversos giros que opera la mercancía en su circuito de autovaloración, cuanto Freud al decir de las más distintas modas que van a servir de material sustitutivo del órgano fálico, sea las pieles, el látex o los zapatos), y se acercan de Benjamin (2002) y la sección que nos atrae, misto de muerte, moda y deseo. Esta insignia será aún enfrentada, pero esperemos un poco más, para que tengamos condiciones de enfrentarla de cara. La moda está profundamente imbricada en la idea de trasgresión, en la ideal del ritual, en el exceso, de la sexualidad y de la muerte; podríamos sin duda decir que esta es una relación muy ancha, pero podemos reducir este rol de relaciones hasta llegarnos a un núcleo duro de la problemática. La manera más brutal de operar esta reducción es sobreponer moda y erotismo, pues el erotismo es el signo de un amalgama entre muerte, exceso, interdicto, sexualidad, sacrificio y sueño; la moda bebe en la fuente del erótico, la moda se inspira en la promesa imposible de una continuidad en la realidad material, una continuidad que no sea abarcada solamente en la muerte definitiva, la moda promete un acceso breve al sentido mortífero en vida. Avanzando sobre la insignia benjaminiana, podemos apuntar que la moda es el síntoma de la perversión del valor, del deslizamiento de la utilidad del objeto-mercancía para allá del valor de uso, la propia idea de utilidad se pone en conflicto con lo que la definía en los inicios de la modernidad, esta perversión del valor se parece mucho a la perversión que se opera en la carne convulsionada del erotismo, el sexo salta para allá de la reproducción y se entrega a la muerte y sus interdictos, hace demorar la performance en un momento violador del puro exceso, busca en el otro, su continuidad perdida hasta el punto del encuentro con *la petit mort*, la *jouissance* del cuerpo, que en este instante, trasborda sus sentidos sociales y responde a los designios de Tanatos. El erótico, que es también fetichista, pone en el cuerpo, la marca del objeto, la marca cultural, en la medida en que responde a un sacrificio ritualizado.

Tanatos, en la metapsicología freudiana pide al sujeto el retorno a la inorganicidad, el retorno al sentimiento oceánico, a la mínima excitación posible, el retorno al punto cero de la continuidad con la inmaterialidad, pero algo en la pulsión de muerte es contradictoria y tiene una voz que impide el silenciamiento total, la muerte nasce de un movimiento masoquista, autorreferente que pretende hacer volver continuamente la vida a la continuidad de la muerte, tomando la vida misma como una perturbación del orden, así como sucede en los seres unicelulares, la vida se limita a una función muy específica y, luego que tal función es ejecutada,

el cuerpo retorna a la orden del silencio y de no excitabilidad, este primer impulso del orgánico es una agresividad contra la propia vida que, misteriosamente, *ex nihilo*, expulsa esta violencia autorreferente para el exterior, direccionando la energía destructiva hacia el otro. Paradojamente vida es agresividad contra el mundo, expulsión violenta hacia afuera, sadismo. La vida, en este sentido, es la obvia intención de la musculatura de abreviar la muerte inminente, hacer una volta cada vez más amplia, pero, ¿qué tiene que ver esta digresión con nuestro objeto de análisis? Así como el erotismo encuentra su halito vital en el contacto con la muerte, el trazo mnémico del sacrificio, la moda se deja contaminar de este inaudito, de este único misterio que aún se pone en contemporaneidad. La muerte es, como casi nada más, lo impensable, es el para allá de los límites iluminados por las luces de la racionalidad moderna, probablemente, es la muerte, la única mancha negra en la sociedad, el objeto oscuro que, por no se dejar comprender, fascina y atrae la atención y el miedo.

El erotismo y la moda, se alimentan de este mismo material seductor, de esto que la modernidad no puede descubrir, de este punto sacro en el corazón de la profanación. Muy probablemente, es esta la razón de la moda se apropiar del erotismo en su discurso, utilizar de la imagen del cuerpo erótico seductor como símbolo de una aura mortífera, que atrae la atención del consumidor al exceso del goce, experimentar el sentimiento que las donas en el “Paraíso de las damas”, de Zola (1971), sentían al salir de la tienda de Mouret, como se hubiesen trastornado de una fuerza que las destrozaba, que tomaba todas ellas en descontrol y que las hacían gozar de tal modo que sentían el sabor del avieso del placer, el desvanecimiento de un plus de gozar, que en este límite se asemeja a los accesos de la pulsión tanática. Cómo señaló Benjamin (2002), la moda es el entropuesto dialéctico entre la mujer y la mercancía, entre el deseo y el cadáver. El fetichismo hace hincapié con el erotismo y con la moda, en el momento en que pone el objeto clave de la modernidad, la mercancía, como fundamento del goce, entre el hombre alienado y la modernidad, hay que tener siempre este objeto erótico travestido por el tejido onírico de la moda. El equivalente general se distancia de su naturaleza (el *quantum* de trabajo dedicado en la producción), y en la medida en que el trabajador no más mira su imagen como parte de esta materia, no más la comprende y se ahoga de cabeza en el sueño fabricado por la técnica, fascino perverso de una nueva modalidad del goce, el goce fetichista con la superficie subjetivada del objeto. La alienación del hombre libera el camino para una más efectiva articulación del deseo con el simulacro del deseo (el fetiche), una esclavización del hombre por la cosa erotizada y destituida de su utilidad, el valor de uso de cada objeto es ahora “hacer gozar”.

En el erotismo, se comunican promesa de vida y lujo en la muerte. La vida humana educada en la sociedad moderna a aspirar la prodigalidad del exceso, hasta los límites del angustiante intolerable, se satisface con la promesa puesta en cada frustración del consumo; “el prójimo goce será aún más intenso y placentero”. El último interdicto tiene que ser aprovechado por el capitalismo como objeto, como fuente de producción de un más-valor que sea cada vez más grande y que opere de modo cada vez más eficiente la seducción. Lacan (1956) postula que el deseo se erige desde una ecuación no perfecta, hay siempre una diferencia como resultado, hay siempre un residuo que la propia fórmula no puede erradicar. El deseo, simbolizado como el *objet petit a*, escapa, desliza, desvanece sin ser tomado por el sujeto, el deseo es imposible por ubicar un espacio no lingüístico, un espacio alejado del *socius*, que camina en la dimensión, o *dismensión*, del real, inabarcable por las cortas manos del simbólico. El sujeto tiene que crear mil maneras de lidiar con esto que lo define, la falta, la imposibilidad recurrente de habla, el sujeto tiene que lidiar con un momento abrupto de tartamudeo, una insuficiencia fundamental en relación a su deseo que súbitamente tornase latente, el encuentro con una fisura del real. Nuestra cuestión de inspiración lacaniana es que el consumo sabe muy bien de esta dinámica psicoanalítica del sujeto, y por lo saber, por reconocer en la falta el motor del deseo, hace simulaciones del deseo vía fetichismo, y, además, ¿qué es el fetichismo sino una perversión del deseo del sujeto? El consumo en el capitalismo tardío se articula en cuanto una perversión, *péerversión*, dislocamiento del orden paternal. La metáfora que Lacan (1956) hace uso indica la perversión como una articulación otra del imago parental, *péerversión* aparece como una nueva versión de la estructuración de la posición parental. El texto “*una recordación de infancia de Leonardo da Vinci*”, donde Freud (1910), señala muy bien esta cuestión al apuntar la perversión – en este caso una mezcla de fetichismo y homosexualidad – como un “anti-édipo”, una estructuración no triangular del deseo, en otras palabras, una reordenación simbólica de los papeles. Leonardo tuvo una figura paternal ausente en la fase de organización del primado genital, y la ausencia de esta figura, el operador de la castración, dejó el camino libre para una relación encarnada y simbiótica entre madre e hijo, de tal modo que el hijo firmó un pacto con su deseo, una solución para la castración que se operaría tarde o temprano, hizo creer en una madre fálica, una madre no castrada y omnipotente, este es el triunfo del fetichista, el desmentido que incide en la anatomía y la descalifica, que pone en la ausencia del falo un sustituto, que encarna en el orgánico, un elemento frío como el latex, o la bota, o la ropa íntima, que harán las veces del objeto de goce. La perversión es, en este sentido, una reestructuración de la norma, una forma de codificar su sexualidad por vía de otras identificaciones. Esto nos apunta el hecho de que deseo y sociedad son dos caras de una misma

interface, que se comunican sin llevar en cuenta el sujeto de la lenguaje, en esta comunicación siempre se levanta una falta, un resto no simbolizado, y, lidiar con este residuo esencial es lo que en última instancia garantiza los contornos de la vida individual y, porque no, colectiva.

Perversión es refundación de la orden edípica, el Edipo no se erige, y en el espacio vaciado por el operador de la castración, se interpone el desmentido que, más que cualquier cosa, suscita un nuevo imperativo del goce, uno que desafía el imago paternal y descalifica la posición tradicional del Otro. El fetichismo es un ejemplo de estos casos, y debe ser considerado como un eje sobre lo cual se establece un modo de desmentido social, que contradice el orden paternal y las instituciones que son legítimas herederas de su cetro. La moda es perversa en no solamente una de sus caras, la moda, más específicamente aquella que nació del capitalismo tardío, se propone desde su origen como perversidad. La idea, ahora recurrente en la sociología inspirada en la obra lacaniana, puesta en los escritos de Sloterdijk, Žižek, Badiou, Stavrakakis, entre otros, supone como punto clave para la comprensión del contemporáneo, la idea del cinismo como operador de las identificaciones sociales. Aquí el hecho es lo que presenta las identificaciones sobre la perspectiva de un actor social que sí, *sabe lo que está haciendo, pero, así mismo, sigue haciendo*. No más el paradigma del *socius* sagrado donde el gran padre debe perdonar los hijos ignorantes pues ellos *no saben lo que hacen*; hoy, todos lo saben, y mismo así siguen haciendo tal como opera la lógica de fetichista, que sabe muy bien que la madre no posee el falo, pero así mismo prefiere creer en esta imagen que facilita mucho sus caminos para llegar al goce. Para el fetichista, el Otro sirve como soporte del objeto-fetiché, el Otro –que puede o no gozar de su posición cosificada – soporta la cosa, está en la escena, pero su cuerpo no está involucrado en la heroica performance de suprimir, al menos por cortos lapsos del tiempo, la discontinuidad de los sujetos, su cuerpo es un objeto en la misma medida en que, mágicamente, el objeto gana condición carnal, sacralizada y subjetivizada vía desmentido. El fetichista opera, con el mismo rito, la operación desvelada por Marx, en que el operario, súbitamente, se transforma en la cosa, y objetificado, se ahoga más profundamente en el mar caudaloso del consumo. La moda sabe muy bien de este proceso del deseo y de la falta, tanto que su propio concepto de movilidad, de cambio de estaciones, cambio de superficies, cambio discursivo, fuerza el propio deseo a experimentar una falta más intensa, se apropia de la falta constituyente del sujeto del deseo, y vía simulacro (Baudrillard, 1991) refuerza el síntoma del capitalismo tardío, el fetiché. Benjamin (2002), nos hace volver una vez más en su fragmento:

*“Pues la moda nunca es otra cosa sino la parodia del cadáver colorido, provocación de la muerte por la mujer, amargo dialogo susurrado con la putrefacción entre risas estridentes y falsas. Eso es la moda. Por eso ella cambia tan rápidamente; hace coscas en la muerte y ya es otra, una nueva, cuando la muerte la busca con los ojos para golpearla. Durante un seculo la moda nada debió a la muerte.” (Benjamin, W. *As Passagens*, p. 102, 2002).*

La moda se inspira en el único misterio no revelado por el capitalismo tardío, la muerte, pero en su movimiento sinuoso, engaña la propia muerte y cambia su estructura, así, la moda adecuase al deseo del sujeto, que es siempre falta, y, optimiza esta misma falta a punto de llegar a los más fuertes excesos, uno ciclo “mortífero” que se alimenta de su doble dimensión, des de un lado, la creación de una nueva mitología del producto y del rito de consumo, que suspenden el objeto de sus conexiones reales y lo lanzan en una atmosfera onírica y, de otro lado, se inspira en la muerte, el signo de un interdicto pasional puesto frente al hombre moderno, su único miedo, y este contenido es la materia prima de la atracción erótica puesta en el objeto fetichizado, mágicamente sustraído de la producción, la seducción emanada de la cosa guarda conexiones con la origen del sacrificio, un momento “ritualizado” (salir de compras) en que es permitido el exceso, el placer prohibido de adentrar la trasgresión. Esta doble cara de la moda, que es sociológicamente esencial, cambia sus forma a la perversión pues tiene como objetivo más alto, hacer del cotidiano el propio rito, hacer de la perversión del orden, la norma. La importancia de las investigaciones sobre la moda y su carácter perverso son tales que, mismo la *praxis* revolucionaria tiene que tener como agenda la superación del consumo fetichizado, del consumo como perversión, tiene que tomar como precondition, la superación del efecto mitologizante de la técnica onírica del capital, que saca todos los productos de sus reales conexiones productivas.

La falta suscita una nueva busca que siempre incurre en una nueva frustración angustiante. Eso es el consumo en sentido amplio, simulacro de los descaminos propios al deseo. Es en este sentido que el erotismo recubre la idea de superación de las discontinuidades vía plétora de los cuerpos, y siempre cae, una vez más, en la soledad angustiante de volver a la dimensión de la falta. Así como Prometeos, la llama siempre va renacer y, todo resurgir es nuevamente el síntoma del un trazo mnémico del sacrificio primordial, lo que inauguró la

angustia y la vivisección de la carne animal en parte consciente y parte inconsciente, entre la realidad del signo y lenguaje y real del reprimido. La sociedad se levanta del crimen e de la recusa a la animalidad bestial, pero en el corazón de la ciudad, hay in resto no simbolizado, un misterio no revelado, un exceso que hace girar la vida y que el capitalismo tardío supo utilizar. El capitalismo tardío hace uso del símbolo de la muerte como pasaporte al exceso de la trasgresión, hace uso de la falta como presupuesto del consumo cínico. Erótico e interdicto son las formas de atraer la mirada opaca del consumidor – este que en las orígenes de la modernidad hacia las veces de quién recusa el placer de la carne y se volta a la economía y al sacrificio, y que ahora se entrega de cuerpo y alma al exceso y a los placeres distintivos -. Todo tipo de apello al consumo es un apello al imperativo del goce, de recubrir de potencia aquel solitario y pequeño sujeto. Nuestra sociedad ordena el goce y el consumo es una de sus piedras angulares. Al sujeto de la falta, queda abierta la tarea de rellenar su vacío, este resto no significado, y cada vez más el capital de la publicidad y del espectáculo se muestra vencedor como manera de rellenar este espacio. El capitalismo tardío mira la falta y la completa con moda, sabiendo que la moda se hace con más falta y más deseo, imbrica en el movimiento real, la imaterialidad de la realidad, el fetiche de la mercancía. Es el consumo un *oroboros* cerrado y auto referenciado.

### III

Las ultimas frases de Benjamin (2002), para cerrar su pensamiento, apuntan para la cuestión de que la muerte, impotente para capturar la moda en su veloz movimiento de transformación, abandona la arena, pero antes de salir, ofrece como premio a la vencedora, la armadura de las prostitutas, esta escena ocurre a las márgenes de un nuevo Letes que sigue su flujo como un rio de asfalto. En un primer momento esta parte del fragmento de Benjamin (2002) en sus *Pasaje(s)* parece un tanto cuanto difuso, pero, hay que analizarlo con un poco más de cuidado. La muerte se ajena de la arena pues no puede coger la moda, pero en este abandono hay más cosas a mirar, en la moda, encontramos infinitas pequeñas muertes – y la similitud con lo que en Francia se llama *les petit mort* al se refirieren a los orgasmos, no es una pequeña coincidencia – que son la precondition de su exuberancia, la moda se alimenta del movimiento finito para recodificar sus estructuras, para renovar el fascino y frescor con que seducen sus consumidores, pero esta pequeña muerte, no llega a un silenciamiento total, más se asemeja a lo sacrificio de Prometeos y a la llama imposible de una Fénix, la muerte de la moda es el propio desmentido, el acto de

engañar la finitud presentada por la muerte. Podríamos entonces decir que la moda, como hace el capitalismo tardío respecto a la dinámica del deseo y la falta, ordenando a los suyos el imperativo del goce y de una vida en perpetuo estado pletórico, se alimenta del sentido de la muerte, el último misterio mascarado en la realidad social, y lo hace un simulacro. Seccionando la sentencia, quedamos frente al símbolo de la “*armadura de las prostitutas*”, lo que parece ser un símbolo cifrado; sabemos ahora que hubo una victoria de la moda sobre la muerte, y que muy probablemente esta victoria solamente se hace posible en el conjunto que es identificado por una serie de factores como la reformulación del plan urbanístico de París por las manos del barón Haussman, la máquina de vapor, la vida pública, el abalo metafísico y la gradual liberación de los placeres y del exceso. Hemos que tener en mente, que esta moda que reconocemos hoy y que es central para análisis del tejido social contemporáneo, depende de una transformación en el espíritu del burgués, desde la anatomía del ahorrador que goza con el dinero en su poder hasta lo que goza con el poder de un gozo sublimado a las exigencias cada vez más suntuosas de su carne. El nuevo hombre de las ciudades tiene un hambre cada vez más profundo y demanda cada vez más del objeto-fetiché. En este duelo entre moda y muerte, la moda sale como ganadora; la muerte, reconociendo su propio fracaso, ofrece a la ganadora un trofeo, la *armadura de las prostitutas*. Sin reflejar demasiado, Benjamin (2002), muy probablemente quiere apuntar por *armadura de las prostitutas*, todo un rol de técnicas utilizadas por estas donas para tanto seducir como si proteger, tanto llamar el deseo del consumidor, como escapar del riesgo. La armadura es una máscara, un montaje que permite a la mujer que en ella zambulle, salvarse. La armadura que presenta rendas, maquillaje, tinta, polvo, corsé, cinismo, látex y botas creía un objeto identificatorio para las proyecciones fantasmáticas del consumidor, crea en él, una falta, un deseo de adentrar la máscara. La *armadura de las prostitutas* es esta mezcla entre objeto de seducción y paradójicamente, protección que es solamente posible en razón del olvido, de la máscara. A fin de finalizar el análisis, creo que el último fragmento funciona como un cerramiento; el trofeo recibido por la moda tiene como escenario el *Letes que corre por los pasajes como un río de asfalto*. El Letes, uno de los ríos de Hades, donde emana un agua poderosa. Quién beber o tocar el agua del Letes experimenta el completo olvido, beber en este río es olvidar todo lo que se ha vivido en todas las vidas. Nos queda la interpretación obvia de que el escenario entre moda y muerte es el olvido, la promesa que hace la publicidad y la propia moda de borrar todo lo que hay en el cuerpo y presentar una nueva dimensión del goce, un nuevo ser alienado para siempre del pasado. La moda es una insignia del Letes, un pasaporte a una nueva condición de vida toda al revés de la anterior. Podríamos profundizar más aún este esfuerzo interpretativo, pero juzgo que hemos logrado nuestra función



en articular la moda, la contemporaneidad, el erotismo y la muerte haciendo hincapié en la doble dimensión del cinismo y de la perversión.

#### Referencias bibliográficas

BATAILLE, Georges. O Erotismo. São Paulo: Arx, 2004.

BENJAMIN, Walter. As Passagens. São Paulo, Editora UFMG, 2009

\_\_\_\_\_. O capitalismo como religião. São Paulo, Boitempo, 2013

\_\_\_\_\_. Rua de mão única *in* Obras Escolhidas II. São Paulo, Brasiliense, 2012.

FREUD, Sigmund. O feticismo *in* Obras Completas Vol. XVII, São Paulo, Companhia das Letras, 2014.

\_\_\_\_\_. Uma recordação de infância de Leonardo da Vinci *in* Obras Completas Vol. IX, São Paulo, Companhia das Letras, 2013.

\_\_\_\_\_. Três ensaios sobre a teoria da sexualidade *in* Pequena Coleção das obras de Freud: Rio de Janeiro, Imago, 1973

LACAN, Jacques. O Seminário, Livro 5: As formações do inconsciente. Rio de Janeiro: Zahar, 1999.

\_\_\_\_\_. O Seminário, Livro 3: As Psicoses. Rio de Janeiro: Zahar, 1985

\_\_\_\_\_. Escritos. Rio de Janeiro: Zahar, 1998.

MARX, Karl. O Capital: Crítica da economia política, Livro Primeiro. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2002.

ZOLA, Émile. Au Bonheur des dames. Paris: Flamrion, 1971.